





DR. LLOYD'S CLIPPINGS



Javier Campos Oramas

DR. LLOYD'S CLIPPINGS





Primera edición: noviembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Campos Oramas

© Ilustración de portada: Fotografía de C. E. Medrington (FEDAC),
personaje anónimo.

ISBN: 978-84-17548-76-6

ISBN digital: 978-84-17548-77-3

Depósito legal: M-36056-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



A mi querido hijo Javier



Índice

VILLA BENÍTEZ.....	11
O.B.E.....	27
THE MATCH.....	57
LA LETRA DE ORO.....	73
UN BROCHE CON NUEVE DIAMANTES.....	91
THE CLIPPINGS.....	109
Villa Benítez	111
O.B.E.	128
The Match.....	136
La letra de oro	146
Un broche con nueve diamantes. . .	148



Villa Benítez

Lunes

Cerró los ojos, apretándolos con firmeza; aseguró sus manos en los leones de la butaca; movió la cabeza hacia atrás; sintió un fuerte golpe de sangre que coloreó intensamente las orejas. En un instante se le presentó la escena del salón grande de su querida Villa Benítez. Allí estaba la clave de los hechos, la explicación que él no se atrevió a desvelar. Hasta ahora se había autodisculpado engañosamente. Siempre encontraba una excusa, pero la sinceridad de los años es inexorable, diríamos que es casi cruel, no se vende a ninguna excusa.

—Se encuentra bien, doctor Lloyd.

—¡Oh! Sí, sí señor Stanley. Ha sido un recuerdo que de forma violenta me ha vuelto a surgir. Los años traen muchas cosas, no solo dolores reumáticos —dijo esto último con una ligera mueca—. Bien, amigo Stanley. Este caso que le voy a dar a conocer —decía esto mientras abría lentamente una de las carpetas que había extraído del elegante mueble español—, sucedió en 1920, hace ya diez años y algo. El sitio en donde aconteció era, o es, un apacible y gratísimo lugar de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife. Permítame decirle brevemente algunos datos de la ciudad y de este magnífico lugar, de inolvidables recuerdos para mí, como es el hotel Villa Benítez.

Hermes Stanley desconocía que el doctor Lloyd iba a iniciar una extensa información sobre la encantadora ciudad y sus alrede-

dores. No pararía el médico hasta dejar bien claro las excelencias de Villa Benítez, sus comodidades y sus curiosidades. Entre otras características, disponía el hotel de un pequeño museo, baños para el aseo personal con agua corriente, electricidad en los aposentos, habitación para el revelado fotográfico con material idóneo para fotografías disponible para los clientes, y un generoso etcétera.

Hotel Restaurant
Villa Benítez

Santiago E. Molina, dueño de este magnífico establecimiento, participa a su numerosa clientela y al público en general, que queda definitivamente abierto este Hotel Restaurant, después de hechas las reformas necesarias, para el servicio de almuerzos, meriendas y comidas, a las siguientes horas:
Almuerzos de 9 a 1, y Comidas de 6 y media a 7 y media.
También cuento con espaciosas y ventiladas habitaciones para hospedajes en pensión, desde ptas. 6'50 por día.
LUZ ELECTRICA TELEFONO
MUSEO BAÑOS

La larga exposición fue interrumpida por unos golpes en la puerta que, al mismo tiempo que se abría, dejaba ver a una elegante dama. La señora fue presentada como «mi hermana Elizabeth, viuda del doctor Cross».

—¡Ah! Es usted el joven Stanley. Me alegro de conocerle; espero que se haya acomodado en su cámara —la señora Cross continuó con las observaciones protocolarias. Su voz suave tomó un giro algo más firme—. Cuando les avise faltarán seis minutos para servir el almuerzo. No se alargue mucho, doctor Lloyd.

—Bien, Doctor —retomó la palabra Stanley—. ¿Cómo presentaría usted el caso del que me quiere hablar?

—Yo había regresado de la isla de La Palma, sin ninguna duda la más hermosa de todas las islas Canarias, pero en aquellas fechas no estaba preparada para recibir a turistas. Desconozco cómo es-

tán en la actualidad sus «estructuras», como se dice ahora —después de unos segundos retomó la conversación el Dr. Lloyd—: Yo había ido a La Palma a elaborar un informe que una compañía de seguros escocesa deseaba tener. Me pedían numerosos datos, por lo que estuve allí algo más de una semana. Cuando regresé a Santa Cruz de Tenerife, digo el nombre completo porque ambas capitales tienen el mismo nombre —esto lo adornó Lloyd con la sonrisita que ya le iba siendo conocida a Hermes Stanley—, me encontré con la situación que le describiré. Pero preferiría que conociera usted primero los hechos según los recortes de prensa que efectué posteriormente.

Dicho esto metió la mano en la carpeta desplegando su tapa y mostrando unos papeles envueltos en un pliego blanco. Se procedió a desdoblar la tapa blanca y apareció ante los ojos atónitos de Stanley un conjunto de recortes de periódicos, hojas de diverso tamaño con anotaciones, algunas estampas, tarjetas, vitolas de cigarrillos... El joven periodista no pudo evitar dar un pequeño bote en su asiento, difícilmente ya contenía quietas sus manos. Tres nuevos golpecitos en la puerta desencadenaron una reacción brusca de Bartholomew Luke Lloyd, que inmediatamente cerró pliego, carpeta y se puso en pie llevando presuroso el cartapacio al mueble español.

El almuerzo fue sencillo. Como el día lo permitía, se celebró en la veranda que mostraba una agradable vista al jardín. Almada sirvió según las órdenes de la señora Cross. La conversación se desarrollaba suavemente sobre la presencia del joven periodista en Saint Mary Mead y sobre sus inmediatos objetivos como periodista. Casi al final del pudín de frutas, el doctor Lloyd varió de conversación dando instrucciones al señor Stanley.

—Aquí, en casa —dijo Lloyd—, conservamos algunas costumbres adquiridas en Canarias, por lo tanto tomaremos café, si usted gusta, claro; y tomaremos también unos minutos de siesta, aunque ni el clima ni la comida lo sugieran. Son unas costumbres que guardamos celosamente.

—Bueno, algunas más... —añadió con cierta recriminación y suspense la señora Cross.

Oír la palabra «café» y aparecer Almeda inmediatamente con un servicio para dos personas. La actuación del mayordomo fue de un automatismo circense. Mrs. Cross se dispuso a distribuir el oloroso líquido mientras hablaba nuevamente, indicándole a Stanley que podía abandonar la mesa un cuarto de hora largo, pues el doctor Lloyd no estaría dispuesto hasta después de ese margen de tiempo. Saboreada la buena moca, los personajes se dispersaron en silencio.

*

—Sí, sí. Tome usted, Stanley —decía el doctor Lloyd—. Aquí tiene usted el recorte de periódico que habla de este caso. Le facilito el recorte del periódico *El Progreso*, pues *La Gaceta de Tenerife*, del mismo día, tiene varias ambigüedades por apresuramiento del periodista al redactar la noticia.

Hermes Stanley alargó la mano para tomar el amarillento papel y se dispuso a actualizar sus conocimientos de lengua castellana. Para su sorpresa vio que junto al recorte de prensa había un folio escrito con esmerada letra que resultó ser del doctor Lloyd. En este folio, que estaba adherido en el ángulo superior izquierda al recorte del periódico, se podía leer la traducción del suceso.

Leída la noticia. Stanley, con voz tímida, dijo:

—Doctor Lloyd, creo que debo copiar esta información, pues me será muy útil disponer de toda ella.

—¡Ah! pues sí. Haremos lo siguiente —propuso Lloyd—, mientras usted copia el documento, yo haré una rápida visita al vicario Pender. No será más de veinticinco minutos.

Diciendo esto, el doctor Lloyd recogió toda la documentación restante, que puso bajo llave, y salió de la habitación. Unos minutos después Stanley quedó bien informado de la salida de Lloyd por el golpe dado en la puerta principal de la casa.

*

08/07/1920 *El Progreso*: diario republicano – Página: 2

¿Suicidio o muerte repentina?

Anoche, minutos antes de las ocho, estando en el corredor de Villa Benítez los huéspedes de aquel restaurante y hotel, oyeron cuatro detonaciones que partían de una habitación cercana, en la que dormía el súbdito inglés Mr. Walter Stansfield, médico que desde hace unos cinco meses se encontraba en esta capital atendiendo al restablecimiento de su salud, de la cual estaba muy mejorado. Se llamó a la puerta de la habitación. Nadie respondió. La lámpara eléctrica se hallaba encendida. Sospechándose que algo hubiese sucedido a Mr. Walter, se llamó al Juez de instrucción de este partido. Allí se personaron el señor Pérez Martínez; el actuario, señor Fernaud, y el Inspector de Vigilancia, señor Madan.

Hubo necesidad de entrar en la habitación por una ventana. Sobre la cama, cuyas ropas estaban en desorden, estaba el señor Walter. Parecía estar muerto, pero no daba señales de tener herida alguna. A su lado estaba una *browning* [Browning], con la cual hizo los cuatro disparos. En las paredes se veían las huellas de los proyectiles. Sobre una mesa se hallaron un revólver y un diario de anotaciones. Por éste se ve que las facultades mentales de Mr. Walter no eran completas.

El cuerpo fue reconocido por el médico señor Bernabé Galván. Este comprobó que era cadáver, pero que no presentaba herida alguna, solo una pequeña mordida en la lengua. Debajo del cadáver fueron encontrados una jeringuilla y varios tubos de inyecciones de morfina. El finado era morfinómano. Tampoco se cree que la muerte haya sido debida a envenenamiento con la morfina, pues para morir tan repentinamente a causa de ésta, es necesaria una cantidad grande.

Se sospecha de que le sobrevino un ataque al corazón y que no pudiendo hablar para pedir auxilio, disparó la *browning*.

El finado era de Manchester, de 31 años de edad. El domingo esperaba a su esposa, que viene en el vapor inglés «Águila». Su cadáver fue conducido al depósito del cementerio, donde se le practicará la autopsia.



Hotel Villa Benítez
Santa Cruz de Tenerife

*

Sonaban las campanitas del reloj cuando el doctor Lloyd retornaba a la casa.

—Bien, Stanley, qué le ha parecido este asunto. ¿Es de su interés para ese trabajo que está usted madurando?

—¡Oh! Sí, sí, doctor Lloyd. Seguro —dijo el interpelado con cierta alegría.

—Bien, pues antes de proseguir debo darle alguna información sobre los periódicos de aquellas islas, en las que estuve tanto tiempo.

Oír esto y sentir Hermes Stanley una ligera inquietud fue toda una misma sensación de disgusto. No obstante, el joven Stanley se

acomodó lo mejor que pudo en su butaca, dispuesto a recibir una prolija exposición que solo se vio interrumpida por tres toques en la puerta que estaba a su espalda.

—Doctor Lloyd —esta vez era Almeda quien empujaba lentamente la puerta—, la señora Cross me manda para decirle que ella no tomará el té con ustedes, pues tiene que hacer unas visitas inexcusables. Me dice la señora que le pregunte si lo sirvo aquí o en la veranda.

—No, no, aquí no. Se pueden manchar los documentos por un accidente. Sírvalo en la veranda dentro de veinte minutos. Solo toque en la puerta cuando esté todo preparado.

—Sí, señor —dijo Almeda cerrando con cuidado.

Avanzaba Lloyd en su exposición sobre ediciones, lectores, índice de analfabetismos y otros extremos que convenía saber, según su amplio criterio.

Después de los tres toques se repitió la operación de recogida de material y custodia bajo llave. La conversación, durante la breve merienda, rondó sobre el actual entorno del doctor Lloyd, sus amistades y sus hábitos.

*

Nuevamente se abre la carpeta arrojando toda aquella información bien clasificada. Lloyd anuncia a Stanley que lo dejará solo por un largo tiempo, una hora, tal vez dos horas, visitará nuevamente al vicario, por lo que podrá leer cómodamente todo el contenido de la carpeta.

Stanley se queda solo en el despacho médico de su anfitrión. A los leones y águilas del mobiliario se añadían las inescrutables miradas de las divinidades africanas que se repartían por las estanterías. Algo cohibido por tan incómoda compañía, Hermes Stanley inicia ávidamente la lectura de los documentos.

La tarde primaveral cae suavemente.

*

Los ruidos en la antecámara anuncian la presencia de Lloyd y de su hermana. Ambos entran y comentan algunas incidencias. La señora Cross, antes de salir del gabinete de su hermano, les recuerda que serán llamados a la cena. Insiste en que no tarden cuando se les requiera. Extraña al joven periodista la observación sobre la puntualidad que hace la dueña de la casa, lugar en donde el compás de las sonerías de los diversos relojes pautan los pensamientos.

—Bien, Stanley —lo aborda el doctor—. ¿Qué ha podido deducir usted? Ahora sí tiene toda la información servida por la prensa y alguna anotación mía.

—Bueno, doctor Lloyd. Estará usted de acuerdo conmigo en que la muerte repentina que firma el doctor español no parece muy cierta o, al menos, no acalla las grandes o numerosas dudas que quedan en el aire. No sabría qué expresión es la más correcta, si «grandes» dudas o «numerosas». Veo también que la referencia al cuaderno de notas que hace el *Diario de Las Palmas* presenta más irresoluciones y más complejidades aún, ¿verdad?

—Totalmente de acuerdo, Stanley. Dos armas a la vista exigen alguna aclaración por parte de las autoridades.

—Además, observe, querido amigo, que las autoridades, por pluma del periodista, hablan de un cuaderno de notas. De estas anotaciones se comentó que hay unas referencias que indicaban que el doctor desvariaba o la otra versión: que entre Mr. Stansfield y Miss Caunnigham, el ama de llaves del hotel, había una posible relación familiar, por decirlo de alguna manera. Esto me parece que está hecho con ánimos de distraer la atención de los lectores. Diríamos que es «la no respuesta». El mismo periódico *La Gaceta de Tenerife*, el del día nueve, ya nos alerta con una ligera contradicción. Permítame repetir la nota que tomé, Dr. Lloyd:

La ciencia médica, puesta al servicio de la justicia, ha venido a esclarecer el extraño suceso, confirmando la

suposición que había de que no se trataba de un suicidio. El Sr. Stansfield, según el resultado de la autopsia, padecía una afección cardíaca, siendo víctima, la noche del suceso, de un grave ataque que le ocasionó la muerte.

—Vea doctor —continuó Stanley—. Inicialmente se supuso un suicidio e, incluso, un asesinato. Aclaran, también, que la cantidad de morfina no produciría la muerte tan inmediatamente y toman, las autoridades, el cómodo camino de la afección cardíaca. ¿Puede una persona que está sometida a una intensa afección cardíaca disparar cuatro veces, exactamente?

En el momento de iniciar la conversación el doctor Lloyd sonaron los incómodos golpes en la puerta. Estos toques ejercían en Luke Bartholomew Lloyd una influencia mágica y su actuación tomaba una celeridad que, como poco, un espectador calificaría de infantil. Todo quedó guardado y cerrado, trasladándose huésped y anfitrión al comedor. La cena estaba servida.

La señora Cross estuvo muy amena refiriendo anécdotas de su etapa en Canarias, donde su marido ejerció la medicina durante algún tiempo.

—Tomaremos aquí el *whisky* o el oporto, Stanley, pero no deseo llevarlo al despacho, puede ocurrir un accidente y estropear la documentación —puntualizó una vez más Lloyd, dejando patentes sus preocupaciones.

*

Cerrada la puerta del despacho y bien acomodados en las butacas españolas, el doctor Lloyd inició la conversación:

—Bien, Stanley, a la vista de los datos publicados poco más podremos saber u opinar, pero conviene conocer otras cosas no expresadas en los periódicos y que tuve el privilegio de conocer muy de cerca. Recuerde que poco antes de los hechos hubo una guerra muy compleja. Walter Stansfield —continuó el doctor—, era un joven y

prometedor doctor en medicina que en 1912 se diplomó con notables recomendaciones de su profesorado. Ciertamente no fue ni en Oxford, ni en Cambridge, pero allá donde iba destacaba o, al menos, no pasaba desapercibido. Hombre culto, entretenido, buen analista, de aspecto agradable, atlético, había en él un «pero» importante para nuestra profesión: le faltaba fe en sí mismo y, por lo tanto, decisión. Esta indecisión era fruto de sus evaluaciones, de sus detallados análisis, y ya sabe usted que un cirujano, desde el momento en que saja, ya no puede volverse atrás impunemente. No obstante, esta capacidad analítica, estas dotes de observación fueron detectadas por otras personas que las valoraron mucho mejor.

»El doctor Stansfield participó en la guerra como médico, ¡claro! En las conversaciones que tuvimos, pues coincidimos en el hotel varias veces, no me explicó muy bien en qué lugares estuvo, pero de cualquier manera los hospitales de guerra no son para todos los estómagos y menos para el de una persona muy analítica. Las consecuencias de los efectos de la guerra le llevaron a establecerse en Canarias por prescripción facultativa. Aunque creo que ya había estado durante el conflicto, pues se le veía muy bien informado de sitios y de personas. No obstante, no recuerdo habérmelo cruzado con anterioridad, ni nunca coincidimos antes de 1920, pues debe de saber, amigo Stanley, que yo pasé la guerra en las islas. Un asunto familiar, del que hablaremos en otro momento, impuso mi presencia allá. En 1920, como señalan los periódicos, W. Stansfield se estableció en Santa Cruz. Nada menos que en Villa Benítez, que no era el más barato de los hoteles, sí el mejor.

—Perdóneme que le interrumpa doctor —tímidamente rompió Stanley el discurso del doctor Lloyd—. ¿Sabe usted si el doctor Stansfield tenía abundante correspondencia?

—Me desconcierta usted, Stanley. Su pregunta me desconcierta ahora. No obstante, le diré que un hombre solo, pero casado y con familia, viviendo lejos del hogar se ve obligado a escribir semanalmente, aunque sea dando cuenta de nimiedades.

—Disculpe doctor, no era mi intención confundirle.

—Bien, sigamos —retomó la palabra Lloyd—. Me relacioné con el doctor Walter Stansfield por mis estancias en el mismo hotel. En abril estuve allí y surgieron unas amenas conversaciones. Intercambiamos libros, de los que tenía en diversos idiomas, e incluso la misma obra en dos o tres lenguas. Él hablaba varias, como es de colegir. Antes de pasar en julio a la isla de La Palma, también estuve unos días en Villa Benítez.

»Cuando regresé de La Palma, el lunes día 5 de julio —continuaba Lloyd—, permanecí en el hotel todo el día, pues al cansancio se sumaba la necesidad de terminar y ordenar los datos adquiridos en la isla. En la tertulia de la noche, en el *smoking room*, se habló largo tiempo de un accidente ocurrido en Las Palmas. Un suceso en el que estaban implicadas unas turistas británicas que también habían estado en el hotel, noticia de la cual el periódico local *El Progreso* insertaría un largo artículo al día 7 de julio. Creo que incluso habían salido a cenar juntas alguna vez con el doctor Stansfield y M. Leopold Meuse. Bien, volviendo a mi relato y a la charla en el *smoking room*, tras la cena, durante la tertulia, el doctor Stansfield me habló y me facilitó el libro titulado *À rebours*, de Huysmanns...

—Disculpe, doctor —habló tímidamente Stanley—. Creo que no me ha mencionado usted a Monsieur Leopold Meuse.

—Bueno, iba a ello. ¡Tenga paciencia joven! M. Leopold Meuse era un belga, algo oscuro de piel para nosotros. Allá en Canarias no era llamativo, pero yo diría que en sus antepasados había habido alguna abuela guineana. Algo más joven que Stansfield, Meuse era hombre rápido, ingenioso... felino, diría yo. M. Meuse era un hombre inquieto, aparecía y desaparecía en Canarias. Habíamos coincidido una o dos veces en Gran Canaria. Creo que viajaba a la costa de África y a Europa, claro. Meuse había recorrido las islas tomando instantáneas con su cámara. Esta afición o gusto le había permitido tener amistad con Stansfield. Juntos habían recorrido ya varios puntos de Tenerife en el tiempo que yo visitaba La Palma.

—No se le menciona en el informe del periódico —apuntó discretamente Stanley.

—Tampoco a mí, querido amigo, tampoco a mí —retomó la palabra Lloyd—, y ya verá mi intervención. Como le decía, el martes día 6, cuando volví al hotel por la noche, después de determinadas actividades como la de enviar por correo a Edimburgo el informe, en la tertulia que hacíamos, me propusieron Meuse y Stansfield ir al día siguiente de excursión a El Puerto de la Cruz, un *resort* muy agradable.

Se sorprendió Hermes Stanley de que el doctor Lloyd no se extendiera sobre dicho *resort*, pero el sonido de las campanillas del reloj del *hall* había sido la causa de la nueva recogida del material de prensa.

—Mañana seguiremos, querido amigo. Mañana después del funeral del vicario Pender —sentenció Lloyd.

Martes

—Como le iba diciendo —reanudaba la conversación el doctor Lloyd después de su regreso del funeral del vicario y antes de que se anunciara el almuerzo—, no sé exactamente por qué me incluyeron en aquella agradable excursión que fue hasta el famoso Puerto de la Cruz. Me llamó la atención que esta expedición se realizara el mismo día en que partiría, por la noche, evidentemente, Meuse para Liverpool en el Ebami. Pero Leopold Meuse era así, muy resolutivo. ¡Todo facilidades! Salimos con una buena cesta de viandas para allá, sobre las nueve y cuarenta minutos de la mañana. Meuse era resolutivo, pero impuntual. Tomamos el automóvil, una Studebakert... —las explicaciones de Lloyd tomaron cuerpo infinito en la exposición.

Los toques de Almeda en la puerta de roble pusieron paz en los oídos de Hermes Stanley y sosiego en la voz del Dr. Lloyd.

*

Después de una agradable siesta, los caballeros se reunieron en el despacho que recibía un agradable sol agosteño.

—Me decía, doctor, que se bañaron en un sitio denominado Martiánez, es así, ¿verdad? —retomaba la conversación Stanley mientras el doctor iba tomando su querido y bien clasificado material.

—Sí, sí —reanudaba Lloyd la charla—. Estos jóvenes excursionistas me demostraron que conocían muy bien aquellos alrededores, pues tuvimos que caminar un buen trecho para llegar a un recodo de arena negra. Nos dimos unos baños y Meuse, un poco inoportuno él, quiso sacarme un retrato en ropas de baños. Me tuve que poner enérgico para que desistiera de su propósito hasta que yo no estuviese vestido, como corresponde a mi condición y edad. Ellos se bañaron varias veces y Meuse tiró una placa a Stansfield, como después Stansfield al señor Meuse. Luego yo les hice una a ellos dos juntos. Cuando regresamos a Villa Benítez, el hotel era un hervidero, pues los que se marchaban de viaje estaban con la agitación propia del evento, así como los recién llegados. La tertulia en el *hall* era animadísima, no pudiéndome retirar a mi habitación como yo quería. Meuse se dedicó a revelar las fotografías, siendo la mía la primera, según me dijo él. Pero observé algo extraño: en un momento de la agitación del *hall*, puso de manera sigilosa unas fotos, presumiblemente por la forma de la cartulina, en el bolsillo exterior derecho de la chaqueta de Walter Stansfield. Pensé que serían los retratos de ellos en ropas de baños, pues eran de los más modernos, de los de torso descubierto, y tal vez tendrían reparos ante señoras mayores, que allí había.

»Por fin me pude retirar y el ruido se fue calmando con la salida de los viajeros en los coches grandes que los transportaban al muelle para embarcar...



Hotel Villa Benítez, comedor
Santa Cruz de Tenerife

*

El aviso del té puso punto y descanso a Lloyd. El ceremonial de las cinco se celebró en la cálida y luminosa galería acristalada. La señora Cross advirtió al doctor Lloyd de la obligación de hacer al día siguiente, miércoles, una visita al sobrino del vicario y a otros familiares del difunto. La respuesta no fue muy entusiasta, pero obligaba a suspender la narración.

Retomó la conversación Lloyd:

—El alboroto fue tremendo. Imagínese, amigo Stanley. Yo estaba profundamente dormido. Los tiros, los gritos, las carreras, los golpes en las puertas, porque también se deseaba que yo acudiera a la urgencia que el caso requería. Todo un caos.

»Me mal vestí, abrí la puerta y entraron varias personas, de manera insolente, en mi habitación, urgiéndome. Por otra parte, el gerente, el señor Rodríguez, se negaba a forzar la puerta de la habitación del señor Stansfield. Tuve que hacer valer mi autoridad médica en auxilio de la posible víctima. Se me permitió entrar, a mí solo, por la ventana que daba al jardín y que estaba próxima a la cama. Esta entrada obligó a romper uno de los vidrios de la dicha ventana para manipular la cerradura. Puse los dedos sobre el doc-

tor Walter Stansfield y esto me permitió agacharme pudiendo ver que entre la cama y la mesilla de noche había algo, tal vez una de las fotos de la excursión. ¡Cómo tomarla era el problema!

»Le indiqué al gerente, que estaba al otro lado de la ventana, que mandara por el estetoscopio y el espejo metálico que estaba en mi maletín, en mi habitación; además, pedí que exigiera silencio a las personas que se agolpaban por los alrededores de la habitación. Esto me permitió cambiar de posición, ponerme por el otro lado de la cama, frente a la cara del accidentado; a su vez, bajar la mano, recoger la cartulina y llevármela al bolsillo hasta ver qué había en ella. El gerente quería controlar cuidadosamente mi presencia para cuando tuviera que testificar y, ciertamente, a mí también me interesaba. Cuando volví a la ventana para recoger los elementos que había pedido pisé algo de cristal, distinto a los vidrios de la ventana. Lo que pisé no era una ampolla de morfina vacía, era otra cosa. Confirmada la muerte salí por la puerta de la habitación. El alboroto seguía hasta que la autoridades, que llegaron bien tarde, pusieron cierto orden y tomaron declaraciones.

»Ahora le toca a usted, Stanley. ¿Qué había pasado? —Lloyd hizo esta pregunta retórica al confuso Stanley y antes que contestara, continuó—: El cadáver fue llevado al forense con los medios y modos que ya usted se puede imaginar. Tampoco el forense tenía especial interés en casos perdidos como este: un extranjero sin consecuencias. Ya le comenté lo de la señorita inglesa que días antes había fallecido en Las Palmas. Pues bien, le recuerdo que ambos, Meuse y Stansfield revelaban fotografías, para lo cual hace falta las sales de cianuro. Si estas se ingieren producen una gran excitación cardíaca, que aquí se manifestó en los tiros dados alocadamente y, acto seguido, la muerte que se produjo en el tiempo que tardamos en llegar a la cabecera del infeliz Stansfield. Tampoco se podía haber hecho mucho más.

—Luego, fue un suicidio, pues Monsieur Meuse ya se había marchado al barco, según usted me contó —dedujo Stanley.

—Sí, no puedo contrariarlo, pero hay que tener muy en cuenta tres elementos claves en estos hechos. No los olvide nunca —dijo

pausadamente Lloyd—. Estos son: el motivo, el desencadenante y la mano impulsora. Y Meuse fue la mano impulsora que empujó a un hombre algo trastornado.

—¿Y cuál fue el desencadenante, doctor Lloyd?

—Es usted, amigo, quien debe responder. No deje usted ningún cabo suelto, Stanley. Recuerde que los periódicos dicen que la esposa de Stansfield llegaría el domingo.

—¡Ah, claro! ¡El ama de llaves del hotel! Enfrentarse a la doble relación. ¿Cómo no he caído en cosa tan fácil? El cuaderno de notas diría algunas imprudencias. ¡Ajá!

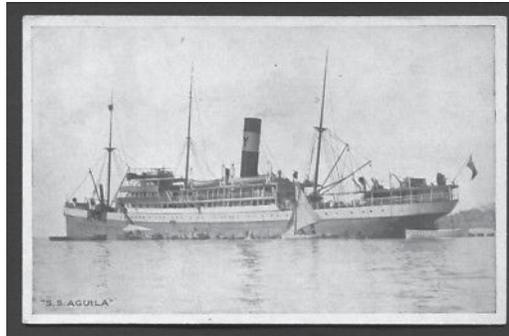
—Imprudencias sí, pero no de ese calibre.

—Pues no veo, doctor Lloyd, otro motivo. Usted me dirá.

—Se le escapan cosas, amigo Stanley. No ha preguntado usted por la fotografía que recogí junto a la cama.

—Evidente que sería del ama de llaves —respondió ufanamente Hermes Stanley.

—Era un retrato del doctor Stansfield —carraspeó Lloyd—. Diríamos que estaba en una posición olímpica, que Walter imitaba a un atleta de la antigua Grecia. —se hizo un silencio incómodo que el Dr. Lloyd interrumpió añadiendo—: sobre la imagen clásica del atleta greco, alguien había escrito a pluma: *traître*.



Águila
Compañía Yeoward